EL TEATRO.

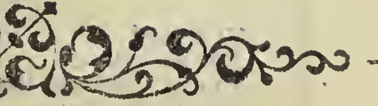
COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL DIABLO EN AMBERES,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

EL DIABLO EN AMBERES,

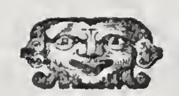
DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

POR

D. DIONISIO DE SCARLATI Y D. LAUREANO SANCHEZ DE GARAY.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAJES.

MATILDE, posadera.
OSORIO, sargento español.
ARTUR PLOEBEMS, paisano flamenco.
RODULFO, id. id.
Soldados de ambos paises, pueblo, etc.

Este tiene lugar en Malinas, en el siglo XVI, año de 1568.

PRÓLOGO.

En el primer término una sala de la NARANJA DE ORO, posada de Malinas, al fin de la cual se verán varios arcos grandes, que dan vista á lo interior de la ciudad. Las mesas de la posada estarán ocupadas por varios soldados y paisanos: unos comen, otros beben y juegan, etc.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, OSORIO, SOLDADOS, ESPAÑOLES y FLAMENCOS.

OSORIO. (Observando á los que juegan.) Lo mismo se divierten que si estuvieramos en plena paz, y... acaso dentro de una hora todo sean ayes, lamentos y lágrimas.

SOLD. 1.° ESP. Siete es el punto...

2.° ID. ¿Y qué, si el mio es de nueve...

SOLD. 1.° ¡Diablo! ¡Parece que tienes asida á la fortuna por un ala!... Tira otra vez los dados, porque hoy ha de ser la tuya ó la mia.

PAIS. ¡Vino, Matilde!

MAT. ¿De dónde, de Borgoña?

PAIS. Venga Borgoña.

SOLD. 2.° Dadnos á nosotros tambien, pero... español.

MAT. ¿Vino español?

SOLD. 1.° Si, en siendo español no puede ser malo. (Matilde sale y vuelve con el vino.)

OSORIO. (Mirando á los que juegan.) Estos, si no me equivoco, van

á acabar por andar á cintarazos.

MAT. Señor Osorio, ¿qué me decis de nuevo?

OSORIO. Y... ¿qué quereis que os diga, buena Matilde?... Nada, por cierto, sé que pueda importaros.

MAT. ¿Dicen que os vais?

OSORIO. Asi se asegura. Parece que mi tercio pasa á Bruselas; pero... esto ninguna novedad presenta, puesto que tan pronto estamos en una parte como en otra.

MAT. ¿Creereis que... casi, casi me alegraria de que marchaseis pronto?

OSORIO. ¡Qué! ¿tan mal parroquiano soy?

MAT. No por cierto, y... precisamente porque lo sois muy bueno celebro la noticia.

OSORIO. Jamás me precié de adivino ni de zahorí, buena Matilde, y... confieso mi rudeza, no os comprendo. Ser buen parroquiano y desear que me marche, envuelve una contradiccion que no se entiende fácilmente.

MAT. (Cogiéndole del brazo y separándole de las mesas.) ¿No sabeis lo que se dice? Pues parece que se trama una horrible conspiracion...

OSORIO. ¿Contra quién?

MAT. Contra vosotros, contra los españoles. Aqui no sois muchos y la gente del pueblo está armada: ellos en su casa y vosotros tan distantes de la vuestra, ¿de quién será la ventaja? Hé aqui por qué digo que sois buen parroquiano y os aprecio; y apreciándoos, debo desear veros lejos de aqui.

OSORIO. ¡Ya! Ahora os comprendo y agradezco tan buena voluntad; pero... peligro mas ó menos. Si nos alejamos de este, nos acercaremos á otro; y tan acostumbrados estamos los españoles á vivir entre riesgos, que el dia en que no luchamos con alguno... ¡qué sé yo!... parece que alguna cosa nos falta. Lo que por ahora creo es, si Dios no lo remedia, que vamos á salir de aqui de mala manera. (Como prestando atencion á lo que hablan los que juegan y beben.)

MAT. ¿Por qué?

OSORIO. Porque estos canallas sin duda tienen gana de camorra, y la van á encontrar pronto si se empeñan en buscarla.

SOLD. 1.º ESP. En hora buena: si quieres dejar el juego y retirarte con tus ganancias, sea asi; pero como buenos compañeros, debemos beber el último trago y acabar

segun nuestra costumbre, con un brindis.

SOLD. 2.º Sea como quieras.

ID. 1.º FLAM. Entonces, si lo permitis, bebamos todos, ya que la casualidad aqui nos ha reunido. (Osorio observa con atencion: Matilde vá y viene.)

SOLD. 1.º ESP. En hora buena. (Sirven y reparten vasos de metal, etc.)

ID. FLAM. Brindo por Guillermo de Nassau, invicto príncipe de Orange...

OSORIO. (Interrumpiéndole.) Por Felipe segundo, rey de España y soberano de Flandes. (Todos se vuelven bruscamente, unos con admiracion, otros como indignados, etc.; mas el que habia comenzado el brindis dice como mofándose.)

SOLD. 1.º FLAM. Vos no podeis brindar... no teneis vaso, ni copa...

OSORIO. Nosotros los españoles, por lo comun, nos servimos de esta taza. (Saca rápidamente la espada y presenta la cazoleta.)

SOLD. 2.º FLAM. Sostengo lo dicho por mi compañero, y... ¡viva el príncipe!

FLAMS. ¡Viva!

ESPS. ¡Muera!

SOLD. 1.º FLAM. Secuaces del duque de Alba, esto no se compone con la lengua, con la espada tal cual.

OSORIO. ¡Ah! Eso es lo que os duele; que el invicto duque haya venido á sujetaros, pues os iba mejor cuando un gobierno débil toleraba vuestras demasias. Pero... no somos los secuaces del de Alba, sí somos sus soldados, asi como él es ministro de nuestro soberano. Vosotros si que sois miserables secuaces de un rebelde ambicioso; vosotros, soldados mercenarios, que solo peleais en favor de quien mejor os paga, al paso que el noble español, independiente y valeroso, solo esgrime el acero en defensa de su rey y de su patria.

FLAMS. ¡Mueran los tiranos!

OSORIO. Puesto que no quereis me sirva para el brindis de mi taza, la volveré de corte y me servirá de cuchillo.

FLAMS. ¡Á ellos!

OSORIO. ¡Pronto se decide este pleito! (Estando para acometerse se oye una terrible detonacion, y por los arcos del fondo se vé volar parte de la ciudad, quedando unas casas medio derruidas y otras incendiadas. Se oyen á distancia algunos alaridos y se vé correr la gente en diversas direcciones. Los contendientes involuntaria é instintivamente se separan á ambos lados de la es-

cena, sorprendidos tambien, y se vé á Ploebems con otros remover los escombros de una casa y sacar á una mujer y á una niña como de cinco años. La mujer es llevada adentro, y Ploebems con la niña en brazos viene á la escena. Antes y despues se refugian en la posada varias personas.)

ESCENA II.

PLOEBEMS, los PRECEDENTES. Todos le rodean.

OSORIO. ¿Qué ha ocurrido, amigo? ¿Han minado la ciudad, ó qué horrible destrozo ha sucedido?

PLOEB. Poca cosa... pero ante todo vos, que lo sabreis (Á Matilde.) hacer mejor que yo, cuidad de este ángel hermoso, y haced que vuelva en sí: vive y, lo que es mejor aun, ninguna lesion presenta. (Matilde toma de los brazos de Ploebems la niña y se retira, seguida de cuatro ó cinco mujeres que habrá en la posada.) Cuanto sea preciso gastar, yo lo pago.

OSORIO. Hablad, os lo suplico. ¿Qué ha sucedido?

PLOEB. Poca cosa, repito; acaban de volar mil doscientos quintales de pólvora, que habia en el depósito español de Malinas, y sin duda, como vulgarmente se dice, ha sido hecho á la mano: por quién, se ignora. Los católicos achacarán la ocurrencia á los protestantes, y estos echarán la culpa á aquellos. Entre tanto, medio pueblo se ha reducido á escombros, y el otro medio probablemente se reducirá á cenizas, segun propagándose vá el espantoso y voraz incendio. Á mi casa le ha tocado la suerte de deshacerse, y bajo sus ruinas se sepultó parte de mi fortuna... ¡Paciencia! Estoy acostumbrado á todo, y... gracias á que por casualidad me ha cogido con una razonable cantidad conmigo y á que no tengo familia como otros infelices.

OSORIO. ¿Pues y esa niña?...

PLOEB. Es una improvisada hija que, sin casarme, me ha deparado el cielo.

OSORIO. ¡No es hija vuestra!

PLOEB. No por cierto. Afortunadamente la catástrofe me cogió fuera de mi casa; y al pasar por el extremo opuesto para ir á ver qué habia sido de aquella, oí los alaridos de la pobre mujer, que sin duda era madre de la niña,

á la cual semiviva hemos sacado de entre los escombros. Á su lado casi, estaba ese angelito, milagrosamente ileso; y digo milagrosamente, porque su cuna estaba rodeada de escombros, los cuales en su caida habian respetado á la afortunada criatura. La mujer, á quien una viga casi ha hundido el cráneo, ha sido llevada para que la curen, si cura puede tener: mas como esto no es probable, he traido conmigo á la niña, que solo está medio asfixiada por el polvo, y juro cuidarla como si fuera su padre.

OSORIO. Vuestro proceder os honra y... mirad, amigo mio, la desgracia os ha privado de la mayor parte de vuestra fortuna, y yo hace poco llegué de España no mal provisto de dinero, porque mi familia no es pobre: tomad, quiero contribuir á vuestra buena obra. (Le dá un bolsillo.)

PLOEB. De ningun modo. Creo haberos dicho que llevaba conmigo algun oro y... voy á marchar á Holanda. Seré... pescador, y si este oficio no me prueba, me dirigiré á otra parte y seré labrador ó... lo que Dios quiera.

OSORIO. Tomadlo, os lo ruego. La cantidad que teneis puede acabarse; y para andar muchas leguas y adoptar nueva prefesion, necesitais no poco dinero. Yo soy algo envidioso, y vos no sereis tan egoista que trateis de impedir que un soldado español contribuya á la buena obra que vais á practicar.

PLOEB. Descortés y desagradecido seria si desechase lo que con tan cordial voluntad se me ofrece. Por ahora no os digo mi nombre y... mis razones tengo para callar: si vos no teneis tambien alguna que os impida decirme el vuestro, mas pronto ó mas tarde nos encontraremos, y vos vereis si hay flamencos que saben ser agradecidos.

OSORIO. Lope de Osorio, sargento de piqueros de la compañia de Tellez, en el tercio viejo de Milan.

ESCENA III.

MATILDE, DICHOS.

MATIL. (Á Ploebems.) Podeis estar tranquilo: ya ha vuelto en sí, y está la hermosa niña como si nada hubiese sucedido.

PLOEB. Gracias os doy y... á pesar de todo, pienso permane-

cer aqui hasta mañana. Quiero que un médico la reconozca, y si el golpe ó el susto ha de sacar la cabeza, vale mas impedirlo aqui, que puesto ya en camino.

OSORIO. Pensais con acierto; pero golpe, segun os explicais, no ha habido, puesto que no se movió la cuna; y en esa edad el susto...

ESCENA IV.

RODULFO, sale apresurado é interrumpe á OSORIO, los PRECEDENTES.

ROD. Ploebems, vengo á daros noticias de la herida, segun me encargasteis. Pocos minutos de vida quedan á la infeliz y el magistrado os llama.

PLOEB. ¡Á mí!

ROD. Si, á vos. La moribunda ha declarado varias cosas que interesan á la niña y...

PLOEB. Entonces os sigo.

ROD. Y no perdais tiempo, porque los de Malinas tratan de sublevarse á mano armada, para vengarse de la ruina de la ciudad, y el magistrado vá á dirigirse al palacio de la curia.

PLOEB. (Á Osorio.) Vamos, pues. Dadme la diestra, noble español.

OSORIO. Con el mayor placer.

PLOEB. Repito lo que poco ha os dije. Nos encontraremos, y nuestra contraseña será la *Naranja de oro.* (Se aleja con Rodulfo.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, menos PLOEBEMS y RODULFO.

MATIL. (Viniendo de los arcos.) Señor Osorio, no os lo dije? el pretesto para sublevarse ha sido la aventura de la pólvora. ¿Veis como poco á poco han ido desapareciendo de áqui todos y solo habeis quedado los españoles?

OSORIO. No habia observa do...

MATIL. Pues á la izquierda se les vé ya reunidos y armados y

á la derecha se van juntando los vuestros. (Redoble de tambores y llamada de clarin.) ¡Ay! ¡Me han asustado!... ¿Ois?

OSORIO. ¡Corramos, compañeros! ¡Matilde, adios!

MATIL. ¡Él os acompañe y salve, valiente Osorio!

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

ERMINIA.
LUIS DE ULLOA, maestre de campo del ejército español.
HORACIO, duque de Gonzaga, capitan de corazas al servicio de los Estados Generales.
EMMA, duquesa de Reulx.
LOPE DE OSORIO, capitan de piqueros, español.
ARTUR PLOEBEMS.
GUZMAN, alferez español.
BLAIMBIRG, criado de la Duquesa.
UN CAPITAN, flamenco.
LABRADOR 1.º
LABRADOR 2.º
Damas, guerreros, máscaras, heraldos, marineros, sicarios, pueblo, etc.

La accion tiene lugar en Amberes y sus inmediaciones: época y siglo de XVI (año 1585): el acto tercero se divide en dos cuadros para facilitar la ejecucion respecto de la parte escénica.

ACTO PRIMERO.

Pequeña aldea á media milla de Amberes. Plaza.—Á la izquierda la casa de Erminia, con ventana y puerta practicables. Á la derecha casas. En el fondo arcos antiguos que vienen á enlazarse con las casas.

ESCENA PRIMERA.

VARIOS LABRADORES.

Lab. 1.° Te digo que si, y no seas terco.

Lab. 2.° Pues yo te digo que no creo ande tan de sobra el diablo, que venga á danzar entre nosotros.

Lab. 1.° Ni yo pretendo que tal cosa creas.

Lab. 2.° Pues entonces ¿qué es lo que pretendes?

Lab. 1.° Pretendo que no me tengas por tramoyista y enredador. No soy tan zoquete que dé crédito á las idas y venidas del diablo, pero sí creo que hay un misterio muy grande en las del llamado diablo. Nosotros, pobres pastores, que no entendemos de letra, estamos asi... como confusos: porque ya ves, cuando nuestro amo el señor Ploebems ni quiere verle ni oirle, ¡qué tal será él!

Lab. 2.° Verdad, verdad: nuestro mayoral dice que tres ó cuatro veces ha querido el diablo, como le llaman, hablar á nuestro amo, y que ni por Dios ni por los santos ha querido dejar que se acerque él.

Lab. 1.° Asi es la verdad.

Lab. 2.º ¿Pero qué ha hecho para que le llamen diablo ó le tengan por tal?

Lab. 1.º Pues ahí está el chiste; que no se sabe que jamás haya hecho nada malo; mas dicen que en todas partes se halla y á veces en dos y tres partes á un tiempo y...

Lab. 2.º ¿Siempre está en este pueblo?

Lab. 1.º En este arrabal y en la ciudad, y de ambos puntos no sale desde... hace cosa de tres meses que por acá apareció, y han dado en decir: «el diablo está en Amberes.» Con él hacen el bú á los chicos traviesos; dá temor á los hombres asi... por nuestro estilo, y á los de mas alto copete no les asusta, pero... le miran con respeto ó repugnancia porque, ya te lo he dicho, juran á cien cruces que está en dos y mas partes á un tiempo.

Lab. 2.º ¡Cáspita! Bastante diablura es esa.

Lab. 1.º Si es verdad, no hay duda que es diablura: pero yo no lo he visto, y lo que creo buenamente es que todas sus diabluras se reducen á que está enamorado de la hija de nuestro amo.

Lab. 2.º ¡Oiga!

Lab. 1.º Esto lo creo yo, pero acaso me equivoque.

Lab. 2.º ¿Y tiene en su figura señales de ser de la familia diablesca?

Lab. 1.º ¡Quiá! ¡Si tiene la mejor traza del mundo!... Ademas, si es verdaderamente un diablo disfrazado de caballero, cosa que no deja de abundar segun yo entiendo, habrá dejado en su caliente habitacion todas las señales que pudieran descubrirle.

Lab. 2.º No dices mal: con razon en el pueblo te tienen por hombre de agudo magin y gentil caletre.

Lab. 1.º ¡Calla! Me parece que oigo pasos...

Lab. 2.º ¡Y qué!

Lab. 1.º Calla te digo... á pesar de no haber mas luz que la de la luna, creo no equivocarme... lo dicho, es el diablo!

Lab. 2.º ¡Cáspita!!! (Los dos labradores y los compañeros que han estado escuchando y permanecen, retroceden asustados y muy apiñados como embargados de pavor.)

ESCENA II.

LUIS, LOPE, DICHOS.

Luis atraviesa la escena desde los arcos hasta ocultarse detrás de la casa de Erminia. Pasa embozado junto á los labradores mirándolos fijamente; y ellos permanecerán como fascinados por su mirada. Lope vá poco detrás de Luis.

LAB. 1.º Se ocultó por fin.
LAB. 2.º ¡Caramba y qué traza tiene de demonio!
LAB. 1.º ¡Pero es un diablo buen chico!
LAB. 2.º ¡Y qué ojos tiene!
LAB. 1.º Y... (Animoso.) ya lo ves, con nadie se mete.
LAB. 2j° Fununú... Pero deja cierto tufillo de azufre...
LAB. 1.º Mira... tú vás á concluir por decir alguna atrocidad, y lo mejor que podemos hacer es marchar hácia el campo á llevar los mandados del amo, para estar de vuelta cuando raye el dia y... no vayamos á encontrarnos con lo que no necesitamos buscar.
LAB. 2.º ¿Pues no dices que con nadie se mete?
LAB. 1.º Si, pero tú hablas mas que siete viejas y... al fin y al cabo, el diablo las carga.
LAB. 2.º Pues vamos al campo.
LAB. 1.º Vamos y Dios sea con nosotros.
LAB. 2.º Despácito y de puntillas.
LAB. 1.º ¡Cobarde!
LAB. 2.º Pues creo que á ninguno de nosotros le falta miedo. (Se dirigen con precaucion y volviendo de vez en cuando la cabeza, hasta ocultarse en los arcos.)

ESCENA III.

LUIS, LOPE.

LUIS. Por fin se fueron, el dia se acerca y el que debe de venir no llega.
LOPE. ¿Pero qué te propones?
LUIS. Ese es mi secreto.
LOPE. Debiera estar quejoso de tí...
LUIS. ¿Por qué?

LOPE. Siendo tan íntimos amigos ocultarme el blanco á que se dirigen tus reiterados tiros... no es, en verdad, muestra de amistad verdadera.

LUIS. ¿Y si estuviera yo ligado por medio de un voto?...

LOPE. Voto extraño seria.

LUIS. Siendo mi único pensamiento y mi mas vehemente deseo realizar el plan que me propongo, no poder hablar de él es una verdadera mortificacion, y hé aqui uno de los lados por donde puede calificarse de meritorio mi voto.

LOPE. Es inútil hablar de esto, porque sé que no has de ceder.

LUIS. Y debes comprender que no debo hacerlo. Quince años hace ya que estrechamos nuestra amistad, y en tan largo espacio de tiempo te he confiado secretos que pudieran haber comprometido mi cabeza; cuando ahora guardo silencio...

LOPE. Eso es cierto.

LUIS. No debes ofenderte.

LOPE. Lejos de eso soy y seré tu amigo en vida y en muerte: por eso te acompaño á toda hora; y aunque ignoro lo que te propones, sé que puedo valerte si tus arriesgadas aventuras te comprometiesen en algun peligro, cosa que no es difícil.

LUIS. Por eso no rechazo tu auxilio: dos espadas como las nuestras algo valen.

LOPE. Pero como te he acompañado en tus primeras incursiones, ignoro á qué debes ese renombre de sér infernal que llevas.

LUIS. Puedes preguntárselo á los que gratuitamente me le han adjudicado. Al cabo de diez y siete años de servir en el ejército español, desde que yo tenia justamente otros tantos de edad, solo pedí licencia acostumbrada con motivo de la muerte de mi padre, hace diez y seis años. Hace tres meses me ocurrió pedirla para descansar de tantos trabajos militares, y tú, mi inseparable amigo, la pediste tambien. Nuestro gran general, el invicto Farnesio, nos la concedió por cuatro meses, y yo pensé en pasar á España, deseoso de ver mi amada patria, que no recuerdo. Cuando trataba de disponer mi viaje recibí una noticia, vaga por cierto; pero halagaba mi mania favorita y decidí pasar el tiempo de mi licencia en estos contornos. Aqui nadie me conocia, y aqui

cabe todo el mundo, merced á la franqueza conque admiten gente de todas partes para llenar mal ó bien las huestes rebeldes. La vida excéntrica que de intento observo, el oro que desparramo para adquirir auxiliares que me den noticias, sin que sepan el fin que me propongo, y no pocos beneficios que he dispensado inopinadamente, casi como aparecido, han hecho que el vulgo me tenga por un ser extraordinario, y los que al vulgo no pertenecen me miran casi, casi con respeto, de cuyas circunstancias me aprovecho en ocasiones dadas, como hace poco para lograr que marchasen de aqui los labradores. Lo que siento es que mi licencia termina pronto, y... dudo mucho poder lograr en un mes lo que en tres de estos no he podido realizar.

LOPE. En todo caso puedes contar con mi brazo y espada.

LUIS. Lo sé, y ambas cosas aprecio en lo que valen; pero... me parece que siento, aunque de lejos, ruido de espuelas.

LOPE. Me figuro, aunque nada me has dicho, que en tus diabluras tiene no pequeña parte la que allí vive. (Señala á la casa de Erminia.)

LUIS. (Sonriéndose.) No eres tú solo el que asi lo cree y... los que tal piensan, no podrán decir que no tengo muy delicado gusto. Pero... no me equivoco; el ruido se acerca: no me han engañado mis espias... volvamos á nuestro primitivo escondite. (Se ocultan detrás de la casa de Erminia.)

ESCENA IV.

HORACIO, LUIS y LOPE ocultos, despues ERMINIA.

HORACIO. Tarde es ya: á pesar de mis deseos, mi obligacion me ha detenido y... acaso no sea ya tiempo. (Se dirige á la ventana y llama muy bajo con la mano.) ¡Erminia mia!

ERM. (Asomándose.) Hablad bajo y sed breve, os lo ruego... ¡habeis venido muy tarde!

HORACIO. Sabeis bien, hermosa Erminia, que los militares no somos jamás dueños de nuestra voluntad. ¿Pero... vais á confirmar mi dicha ó?...

ERM. Bien sabia yo que todo el empeño que manifestabais para hablarme esta noche, fingiendo grave urgencia y

no menor riesgo para vuestra persona, no era otra cosa que un proyecto para excitar mi curiosidad. No podeis jactaros de haberme engañado, no: he cedido, porque á vos y á mí conviene esta entrevista que... será probablemente la postrera.

HORACIO. ¡Cielos! ¡Estais cruel en demasia!

ERM. Escuchadme ó, mas bien respondedme. ¿Quién sois?

HORACIO. Claro está... un caballero.

ERM. Eso... demasiado lo sé: lo que pregunto es vuestro nombre.

HORACIO. ¿Qué hace ahora el nombre para vuestro propósito?

ERM. Contestar á una pregunta con otra, es no responder: queria poner á prueba vuestra veracidad y franqueza, mas puedo evitaros la molestia de decirlo. Os llamais Horacio de Gonzaga, sois duque, capitan de corazas, italiano, católico y...

HORACIO. Si todas vuestras noticias son tan exactas como la última...

ERM. ¡Oh! sé muy bien que mandais una corneta de corazas del ejército protestante, pero sé tambien que sois católicos en el fondo de vuestro corazon, como lo son tambien todos los individuos de vuestra noble familia. ¿Negais, ó concedeis?... No es gran prueba de cariño, ni supone muy honrosas intenciones, el que comenceis disfrazando vuestro nombre y circunstancias.

HORACIO. Erminia, cuanto dices es cierto; mas puesto que vos, al parecer por lo menos, procurais agravar los hechos dándoles un carácter que en sí no tienen, bueno será que yo á mi vez refiera mis méritos. Sabeis muy bien que os ví, por casualidad, cerca de Amberes, y que os amé desde aquel momento, porque no comprendo que sea posible veros sin amaros. Un año ha transcurrido: entonces atravesaba yo estas provincias de incógnito, para incorporarme á los valientes tercios españoles, muy distantes de aqui en aquella época. Mas os ví, supe dónde habitabais, quién erais y... me decidí á ocultaros mi nombre y á tomar parte en el ejército contrario para quedarme cerca de vos y procurar veros. Mi resolucion fué poco honrosa; mas vos fuisteis la causa y ocasion, y aunque esta circunstancia no atenúe mi falta, merece esta de vuestra parte alguna indulgencia, puesto que vuestro cariño pudo mas y fué mas fuerte que

mi deber, al cual jamás hasta entonces habia faltado. Por vos merezco hoy el denigrante dictado de rebelde, por vos tambien me indispuse con toda mi familia, y vos sin embargo pagais mis sacrificios, dirigiéndome unas palabras llenas de amarga hiel y de sarcasmo.

ERM. ¡Amarga hiel! ¡Pues si os he hablado sonriendo! Ademas pudiera estar de vos quejosa, puesto que acabais de confesar la ocultacion de vuestro nombre.

HORACIO. Para hacerlo asi tuve mis razones.

ERM. Que creo comprender, tan bien como vos.

HORACIO. Decidlas.

ERM. Á su tiempo lo haré. Ved que es muy tarde.

HORACIO. Pero ¿habré de ausentarme como siempre? No, hoy de ningun modo... Quiero saber la decision de mi suerte: un año llevo de seguiros infatigablemente, cuando el servicio no me lo ha impedido. Las pocas veces que he logrado hablaros lo he debido á riesgos, importunidades, casualidades peregrinas y... hoy á presentaros como muy en peligro mi vida. De este medio no puedo volver á hacer uso, porque no le dareis crédito; y puesto que ignoro si podré lograr otra vez la dicha de hablaros, hoy quiero vivir ó morir. Hablad, hablad... os lo suplico.

ERM. ¿Qué quereis que os diga?

HORACIO. ¿Sabeis que os amo intensísimamente?

ERM. Si... sé que me lo habeis dicho.

HORACIO. ¿Lo creeis?

ERM. ¡Y... por qué no!

HORACIO. ¡Erminia, Erminia!... ¡Sois al extremo cruel!

ERM. Pues bien... lo creo... concluid.

HORACIO. Si asi es verdad, ¿por qué no decis que sí correspondeis á mi puro cariño?

ERM. ¡Caballero!... Terrible es la pregunta.

HORACIO. No me llameis asi, llamadme Horacio.

ERM. Seria muy fuera de propósito semejante franqueza.

HORACIO. Pues bien, contestadme si quereis que me retire.

ERM. ¡No puedo! (Con violencia.)

HORACIO. ¡No podeis contestar!

ERM. Contestar, si: corresponderos, no. (Con grande esfuerzo.)

HORACIO. ¡Qué decis!... Pero no, he oido mal... el eco de vuestra dulce voz desmiente el sentido de tan crueles palabras.

ERM. No... bien habeis oido, no es posible...

HORACIO. ¡Pero por qué, Dios mio, por qué!

ERM. Yo sé quién sois, ¿sabeis vos quién soy yo?

HORACIO. Erminia, la mas bella y virtuosa de las mujeres.

ERM. Cierto es que soy Erminia, pero debeis añadir que soy una pobre labradora.

HORACIO. Eso lo sé muy bien, porque ninguna circunstancia de cuantas en vos concurren puedo olvidar, por insignificante que sea.

ERM. Precisamente la de que he hablado es la mas significativa.

HORACIO. No os comprendo.

ERM. Pues nada difícil es. Vos sois un rico caballero y yo una pobre labradora, y no creo conveniente, ni aun posible, admitir vuestro cariño.

HORACIO. ¡Una pobre labradora!

ERM. Digo pobre, en calidad.

HORACIO. Igual es para mí que seais pobre ó rica, ilustre dama ó humilde labradora: tal como sois, os amo, y mi único y mas ardiente anhelo es que correspondais...

ERM. No continueis, porque os aseguro que acometeis una imposible empresa.

HORACIO. ¿Por la cuna en que nacisteis?

ERM. ¿Y no es causa suficiente?

HORACIO. Pero si hubierais nacido en mas elevada esfera...

ERM. (Interrumpiendo.) ¡Ay! es inútil tal pregunta, cuando está basada en la suposicion de una cosa que no es, ni ya puede ser.

HORACIO. ¡Qué importa! (Momento de silencio.) Mal que os pese, comprendo vuestro silencio, y su interpretacion me dá la vida.

ERM. No os lisonjeeis antes de tiempo; os lo aconsejo por vuestro propio bien. Hasta ahora he conservado intachable mi fama, y no hay labrador que pueda alabarse de haber recibido de mí la mas ligera esperanza.

HORACIO. No me maravilla, cuando yo, que tan superior á ellos me juzgo, tampoco merezco...

ERM. (Con melancólica dulzura.) Hé ahí la causa: vos mismo habeis dictado vuestra sentencia... no os quejeis de mí.

HORACIO. No os comprendo...

ERM. «Yo que me considero tan superior á ellos», acabais de decir, hablando de los labradores, en cuya clase naci... no sé si por fortuna ó por desgracia.

HORACIO. Vos sois la notable excepcion de la regla comun: vuestro talento, vuestra instruccion y finas maneras...

ERM. (Procurando sonreir.) ¿Os revelan alguna princesa incógnita?

HORACIO. ¡Erminia, Erminia, no añadais al desprecio la burla!

ERM. Incapaz soy, caballero, de burlarme de nadie, y mucho menos de vos. Creí no llevariais á mal usase de una ligera chanza: mas puesto que os formalizais, os diré que no admitiré á los labradores porque su educacion, lenguaje, modales y costumbres absolutamente me repugnan, ni á los caballeros tampoco, porque no quiso Dios que naciese señora.

HORACIO. ¿Pero si sois para mí preferible á una princesa?...

ERM. Al menos por ahora... ¿no es asi? Mas no creais que Erminia se exponga á que algun dia podais recordar que sois muy superior á los labradores, y que vuestra esposa os parezca insoportable carga.

HORACIO. ¿Aun otra vez me devolveis unas palabras que sin la menor intencion dije?

ERM. ¿Os hubieran herido á vos si nuestros papeles se trocasen?

HORACIO. Pues decid, por último, que me aborreceis.

ERM. ¿Por qué, si no es verdad?

HORACIO. ¡Luego me amais!

ERM. ¿No encontrais medio entre amar y aborrecer?... Mal argüis esta noche... Mas... no reparais que el sol vá apareciendo; sabeis, porque es público, que he sabido conservar incólume mi fama, y si alguien llegase á verme en esta reja, sin haber en ello nada de vituperable, en realidad, ya comprendeis cuánto perder pudiera.

HORACIO. ¿Pero no me dais la mas leve esperanza?

ERM. Seria preciso basarla en tales condiciones que... las juzgo impracticables para vos.

HORACIO. Á todo, á todo absolutamente estoy pronto. (Continúan hablando en voz baja.)

LUIS. (En el bastidor.) Para broma, basta; y ya que tan despacio la han tomado, voy á cortar el sabroso diálogo y... truene por donde tronare. Á ver si concluyen hoy estas entrevistas. (Sale y se aproxima á Horacio, examinándole de pies á cabeza con visible intencion de provocarle.)

HORACIO. (En tono amenazador.) Caballero... ¿qué buscais? (Erminia se oculta.)

LUIS. ¿Yo?... nada: observaba á cierto maligno lobo que sin duda anda á caza por estos contornos en busca de inermes é inofensivas ovejas. Soy... muy observador.

HORACIO. Pues no os habeis engañado: el lobo anda á caza en efecto; pero no de seres inofensivos, sino de tigres y nocivas alimañas, porque se desdeña de habérselas con los indefensos. ¿Me comprendeis?

LUIS. (Siempre con la mayor calma.) ¡Pues no!

HORACIO. Y... ¿qué decis?

LUIS. Que soy todo vuestro, caballero.

HORACIO. Entonces creo que debemos excusar razones y... (Empuñando la espada.)

LUIS. Calma, señor mio, calma: ante todo decidme qué se os ofrece.

HORACIO. (Admirado.) ¡Cómo!

LUIS. Como que no sé lo que quereis ni lo que decis.

HORACIO. ¿Habeis olvidado las palabras que hace un momento os atrevisteis á dirigirme?

LUIS. ¡Ah!... ya: conque al contestaros á la pregunta que, sin hablaros yo por cierto, me hicisteis, os habeis dado por aludido? Pues... mal parece que os piqueis, puesto que quien tal hace...

HORACIO. ¡Insolente! (Vuelve á empuñar.)

LUIS. Calma... Sosegaos: por lo visto sois muy vivo de genio y quereis invertir el órden. Si comenzamos por matarnos, ¿quereis decirme por dónde hemos de concluir?

HORACIO. ¡Oh! sois muy discreto y jocoso, pero... muy cobarde á lo que parece.

LUIS. ¿Si, eh? Pues... celebro me hagais saber una cosa que absolutamente ignoraba. Acaso haya visto la muerte mas de cerca y en mas ocasiones que vos, pero... siempre con la misma impasibilidad que en mí veis en este momento; y por mas que os esforceis, no podreis lograr que yo me bata sin una prévia explicacion y sin saber por qué.

HORACIO. Sabeis bastante. ¿Con qué derecho me espiabais?

LUIS. ¿Á vos?... con ninguno: verdad es que tampoco os espiaba, porque me importa muy poco que la trampa os lleve, si tal es vuestro gusto. (Erminia de vez en cuando aparece en la reja observando.)

HORACIO. Entonces, ¿qué haciais?

LUIS. Eso ya... es preguntar demasiado y... sobre todo, ob-

servaba lo que me convenia. ¿Acaso estabais solo en este sitio?

HORACIO. Pues sabed de una vez para siempre que no quiero espias en este sitio, ni toleraré que nadie observe lo que aqui pasa. ¡Marchaos!

LUIS. Marchaos vos y... punto en boca. El derecho que me asiste para observar y espiar lo que allí pasa, (Señala á la casa de Erminia.) le conozco muy bien, y ni á vos ni á nadie importa.

HORACIO. ¡Oh! ¡esto es peor! Y... ¿rehusareis batiros?

LUIS. Psi... ahora ya no, porque... no quereis iros... yo, tampoco ni...

HORACIO. (Ap.) ¡Qué sofocante calma!

LUIS. Ya me parece... que existe algun motivo.

HORACIO. Entonces, para decidir este pleito solo hay necesidad de este juez árbitro. (Saca la espada.)

LUIS. ¡Que me place!

HORACIO. Guiad adonde gusteis.

LUIS. ¿Y para qué hemos de cansarnos en andar? Quedémonos aqui, y el que venza, aqui permanece y se sale con la suya.

HORACIO. Es tarde y puede venir gente que nos interrumpa. Ademas, en este sitio...

LUIS. Qué, ¿necesitais sitio á propósito?

HORACIO. ¡Tened la lengua!

LUIS. Demasiado comunes son estos lances, y en tres minutos hemos concluido. Ea, en guardia, y sea el triunfo de quien tenga la razon de su parte. (Al ponerse en guardia sale precipitadamente Erminia de la casa y se interpone.)

ERM. ¿Qué haceis?... ¡Dios mio!... Horacio, pensad cuánto puedo perder por causa vuestra.

HORACIO. ¡Retiraos, Erminia, retiraos en nombre del cielo!

ERM. No quiero que os expongais á la muerte, ¡no!

HORACIO. Retiraos, por Dios; os lo suplico...

LUIS. (Ap., apoyando en el suelo la punta de la espada.) ¡Qué hermosa es!

ERM. Si no marchais al punto sin batiros, os juro que me colocaré en medio de los aceros, y no podreis verificarlo ó me vereis caer sin vida á vuestros pies.

HORACIO. ¿Quereis hacerme cobarde? ¿quereis que huya vilmente, dejando á mi enemigo orgulloso con mi ignominia, ó quereis servir de escudo á la vida de ese hombre, á

quien desde este momento aborrezco?

LUIS. No hay duda... ¡le ama!

HORACIO. (Á Luis.) ¡Seguidme á otro sitio, caballero! (Erminia en ademan suplicante vuelve el rostro hácia Luis, y al reparar en él exhala un grito acongojada.)

ERM. ¡Ah!... ¡estoy perdida!

LUIS. (Ap.) ¡Pues! vió el diablo y ya se cree presa de él. (Al ruido de las voces han salido de las casas varias personas, que se aproximan para saber lo que ocurre: Ploebems sale de su casa al exhalar Erminia el grito, y se acerca en ademan colérico, diciendo:)

ESCENA V.

PLOEBEMS, LOS PRECEDENTES.

PLOEB. ¡Qué infamia!... ¡Vos aqui! (Á Erminia.) vos, que jamás me disteis el mas leve disgusto, me reservabais tan cruel pesadumbre cuando casi toco al borde del sepulcro!... Retiraos, desgraciada, retiraos y... yo cuidaré de que jamás volvais á olvidar vuestros deberes.

ERM. ¡Dios mio, Dios mio... dónde podré ocultarme! (Huye en direccion opuesta á la de su casa. Ploebems, á quien Luis detiene, no lo observa. Á este tiempo la escena estará bastante ocupada por los curiosos, colocados á espaldas, pero cerca de los tres actores y dejando libre el fondo, á fin de que el espectador vea á la Duquesa, que acompañada de Blaimbirg y cuatro sicarios está oculta hace tiempo en actitud observadora, cubierta con el manto. Al huir Erminia dice aquella:)

DUQ. Hé aquí la ocasion: seguidla y cumplid mis órdenes. (Siguen á Erminia: La Duquesa desaparece por el lado opuesto.)

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES menos ERMINIA y DUQUESA.

LUIS. (Á Ploebems.) Os digo que todo esto se hubiera evitado, si en una de las tres veces que he querido hablaros, me hubierais oido.

PLOEB. Pues ya os he hecho saber que ni oiros ni veros quiero. (Al oir las palabras de Ploebems, se aproximan algunos curiosos á reconocer á Luis, entre ellos los labradores 1.º y 2.º, quie-

nes al verle dicen en voz sumisa, como asustados.)

LAB. 1.º ¡El diablo!

IDEM 2.º ¡El diablo!

OTROS. ¡El diablo! (Corre la voz entre los demas y se dispersan paulatinamente.)

LUIS. ¡Y por qué habeis de ser tan obstinado! ¿Sereis acaso tan supersticioso como todos los que creen que no soy un hombre como vos y como cualquier otro?

PLOEB. No creais que fuí siempre lo que soy ahora, ni que soy lo que parezco. Sé muy bien lo que debo creer de vos y por qué no quiero vuestro trato, sin participar por esto de las necias ridiculeces del vulgo, el cual juzga de vos segun su entendimiento, y porque vuestra vida errante y no usada, dá márgen á que su sencillez se engañe.

LUIS. Pues ya que hoy encuentro oportuna ocasion habeis de oirme mal que os pese.

PLOEB. ¡Apartaos! Podeis agradecer á mis años que no os tome estrecha cuenta de lo que aqui ha ocurrido: mas no olvideis que no se altera impunemente la tranquilidad de una familia honrada. Si vuestra edad os hace creer que podeis burlaros de la mia, cerca está Amberes, en donde encontraré magistrados que sabrán hacerme justicia. (Se dirige á su casa; Luis le sigue, mas al llegar este cierra Ploebems violentamente la puerta.)

LUIS. (Con su habitual calma, dice.) Pues señor, me dió con la puerta en la cara y... no he de echarla en el suelo. Esperemos á otra.

OSORIO. (Saliendo de donde estaba oculto.) Ya basta, sígueme, puesto que te has cerciorado de lo que deseabas, respecto del capitan italiano. Y á ese hombre rústico, en vez de pedirle una entrevista, dile por fin en una carta lo que deseas.

LUIS. Eso no es posible: no sé si acierto ó yerro... ignoro tambien cómo recibiria el áspero viejo mis palabras y... pudiera tomar providencias que frustrasen todos mis proyectos.

OSORIO. De todos modos, aléjate ahora de aqui.

LUIS. Espera un momento. (Se dirige á Horacio, que pemanecerá cruzado de brazos, completamente absorto y como ajeno á cuanto á su derredor ha pasado.) ¿Caballero?

HORACIO. (Como volviendo en sí.) ¿Qué quereis?

LUIS. Mi honor está interesado en que me aleje de este sitio: si ahora fuesemos á buscar otro en que terminar el comenzado lance, os batiriais con grandes ventajas sobre mí, cosa que siempre rechazará un noble como vos... asi lo quiere mi particular posicion y... dudo querais abusar de esta.

HORACIO. Me haceis justicia; pero tampoco puedo olvidar que sois causa de una desgracia, cuyas consecuencias pueden ser muy funestas. Aseguràdme por vuestro honor que la razon que dais y nō otra os obliga á retiraros.

LUIS. ¿Vuestro nombre es?...

HORACIO. Horacio.

LUIS. Sois el duque de Gonzaga, si no me equivoco.

HORACIO. ¿Si, y vos?

LUIS. No puedo ahora decirlo.

HORACIO. Respeto vuestro silencio.

LUIS. Gracias; sois todo un noble.

HORACIO. ¿Me buscareis?

LUIS. Soy caballero y os lo he prometido.

HORACIO. Presentadme esta manopla, como signo de recuerdo.

LUIS. Venga, y vos tomad mi diestra, si á mal no lo llevais, en prenda de mi palabra.

HORACIO. Dádmela, que es la diestra de un valiente.

LUIS. Acaso seremos amigos... ¡quién sabe!

HORACIO. Amigos, no: pero enemigos nobles y generosos, si.

LUIS. El tiempo lo dirá. (Enlazan las manos.)

HORACIO. Adios... os espero.

LUIS. ¡Adios!... Hasta muy pronto. (Sale Horacio.) Vamos: (Á Lope.) ¿la habrán seguido?

HORACIO. Si: en la cruz de los tres caminos debemos esperarlos.

(Horacio ha salido triste y pensativo. Luis y Lope salen por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Prision subterránea en el castillo de la Duquesa. Una sola luz pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA.

ERMINIA, abatida y sentada sobre una piedra.

¡Dios eterno!... ¡Qué soledad, qué tristeza!... ¿Cómo puede haber tan crueles almas que persigan á quien jamás hizo á nadie daño? ¡Ni sé quién es el autor de la horrible desgracia que me sucede, ni á quién achacarla!... Y por mi mal ignoro tambien cuándo tendrá término y cuál podrá ser este. ¡Oh!... (Se levanta.) Es insufrible padecer tan horrible ansiedad y mortal duda: vivo sumida en tan hondo pesar y en la mas eterna y lóbrega noche, temiendo á toda hora que los feroces sicarios que aqui me trajeron, convertidos en atroces verdugos, vengan á arrancarme esta vida que apenas ha llegado á su primavera... ¿Y por qué temer la muerte, cuando el vivir está acibarado por temibles dolores y frecuentes angustias?... ¿No seria mejor poner término á una existencia cuyo dolorido curso tan desastroso se anuncia para lo porvenir? Mi enemigo debe ser muy poderoso, y los amigos que pudieran socorrerme de todo punto ignoran mi triste destino. Si, morir es

preferible á vivir espirando. Mas no, no; desvario: la fuerza de mi pena extravia mi razon... ¡Perdon, perdon, Dios mio!... Pues que todo sois bondad, mandad en mi auxilio un protector que me salve.

ESCENA II.

ERMINIA, LUIS.

LUIS. (Aparece por el fondo.) Aqui lo teneis, Erminia: Dios ha escuchado vuestro ruego. (Colocado Luis bajo la lámpara, Erminia sorprendida se vuelve, y casi desfallecida al reconocerle, vuelve á caer de rodillas.) ¡Se ha desmayado!... ¡Esto solo faltaba ahora!... (Acude á levantarla.) No, afortunadamente no... Reponeos, Erminia. (Ap.) ¡He aparecido tan bruscamente! (Alto.) Volved en vos, sosegaos.

ERM. ¡Ah! ¿Por qué me perseguis?

LUIS. ¿Y quién os ha dicho que os persigo? ¿Qué mal os hice? Lejos de eso he velado siempre por vos: sin mi desvelo en favor vuestro no hubiera podido acudir á socorreros, y... si vuestra posicion no es hoy muy diversa de la que es, culpad á la obstinacion de Ploebems, no á mí.

ERM. ¡Oh! Si por vos no fuera, ni yo me hubiera visto precisada á huir de mi tranquila mansion, ni me encontraria ahora encerrada en esta prision horrible!...

LUIS. Mi intencion me salva, puesto que no era posible prever las consecuencias de aquel sencillo suceso.

ERM. Pero vos provocasteis á quien en nada os ofendia.

LUIS. Es cierto; pero os ofendia á vos.

ERM. ¿Y quién os dió el título de defensor mio?

LUIS. Prevenida estais en contra mia, y no teneis razon, por Dios... La gente sencilla y crédula ha dado en la mania de apellidarme el diablo, porque me aparezco siempre en donde hago falta, y... como ahora... cuando menos se me espera. Mas para lograrlo de ningun poder sobrenatural dispongo ni me sirvo. Hace tres meses que aparecí en estos contornos, y en tal espacio de tiempo me habeis visto no pocas veces: para captarme la voluntad de muchos y multiplicar los auxiliares que pudiera necesitar para el fin que me propongo, he practicado todo el bien que me ha sido posible, sirviéndome del oro, que no me falta, y asi he podido tener en jue-

go todos los espias que me han sido necesarios para adquirir noticias, y á esa universal y única llave maestra, que lo será perpétuamente hasta el fin de los siglos... profecia que no creo aventurada, he debido el poder aparecer siempre en donde he querido. Aqui teneis mis únicas y verdaderas diabluras.

ERM. Pero, ¿qué interés os mueve á seguir siempre mis pasos?

LUIS. Ese secreto á mí solo pertenece.

ERM. ¿Y qué debo pensar cuando en este sitio de dolor y de lágrimas os veo, en este sitio en el cual ni la vívida luz que alegra el firmamento penetra?

LUIS. Escuchadme, Erminia: voy á disipar vuestras dudas; es decir, hasta donde es posible. Lejos de ser un diablo como el vulgo dice, creo que soy vuestro ángel bueno. Nada os diré del motivo que me llevó á vuestra aldea: plegue á Dios que muy pronto pueda decíroslo, ni tampoco á qué debí saber adónde estabais, puesto que acabo de deciros de qué poderosa llave me sirvo. Fuí á vuestra casa, seguro de que esperabais al capitan Gonzaga, y... francamente, quise, ya que no impedir vuestro diálogo, destruir ese amor que tan funesto puede seros.

ERM. ¡Ah! demasiado cumplidamente habeis realizado vuestro fatal proyecto.

LUIS. ¿Y os pesa? (Mucho le ama.) Pues si logrado lo hubiese por fortuna, os habria dispensado un inmenso beneficio. ¿Cómo podeis suponer que un hombre de su alcurnia pretenda vuestro amor con fin honroso? Y aun cuando asi fuera, ¿qué fé puede darse á la resolucion de un hombre que tan fácilmente vende su religion, su opinion, sus convicciones? Ademas, ese jóven debe casarse muy pronto con la Duquesa de Reulx.

ERM. ¡Con la señora!... (Con dolor y en tono de respeto.)

LUIS. Erminia, ese dictado y respetuoso temor solo á Dios se debe. Esa mujer, cuyo nacimiento la hizo señora de vuestro pueblo y de otros muchos, tiene un proceder villano que la relegá al abismo y la sume en el fango. Ama al capitan Gonzaga, y á toda costa quiere impedir vuestro amor. El Duque, mas ilustre que rico, no querrá desairar la bella mano que la Duquesa le tiende circundada de oro, y por su fé vendida que le hace

vacilar entre los protestantes, puede establecerse una mas sólida *mujer*, unido á una mujer protestante tambien, y de la primera nobleza flamenca.

ERM. ¡Cómo puede hacer frente á la Duquesa una humilde labradora!

LUIS. Mirad, bella Erminia, mi desinterés no conoce límites; no creais, ni aun imagineis que soy un oculto amante vuestro, como no pocos han supuesto, que me ocupo en desacreditar á mi rival para á traicion vencerle; mi nobleza desdeñaria un medio tan mezquino. Pluguiera á Dios que su amor fuera verdadero; que abandonase la tortuosa senda de perdicion por donde desgraciadamente camina, y entonces vuestro esposo seria á pesar de la Duquesa; yo se lo aseguro. ¡Oh! (Erminia le mira con asombro.) No me mireis con ese aire de incredulidad y de asombro: tan fácil me seria lo que de deciros acabo, como humillar con dos palabras solas á esa altiva y soberbia Duquesa. Observando la malhadada ocurrencia á que sin intencion dí lugar, envió la malvada mujer en seguimiento vuestro á sus sicarios, cuya compañia jamás abandona: os trajeron aqui, y en aquella mañana remitió á Horacio una carta, en la cual se le hacia saber que estabais en mi poder, y que habiais sucumbido ofuscada por mis riquezas.

ERM. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Cuánto mal me habeis causado!...

LUIS. Tranquilizaos; el mal puede tener remedio: yo os lo he ocasionado involuntariamente, y estoy en la imprescindible obligacion de destruirle. Mis fieles confidentes, mandados por mi mejor amigo, siguieron los pasos de los venales raptores, y en el momento supe dónde estabais. El jefe de los servidores de la pérfida Duquesa hace tiempo que es mio, y por su medio estoy aqui, pronto á salvaros, ¡y os salvaré!... á costa de mi vida.

ERM. Pero, ¿cuál interés os mueve? Vuestra voz, vuestro noble semblante me inspiran confianza; pero vuestra inexplicable conducta, y mis reiteradas desgracias me hacen vacilar, y recelo...

LUIS. Seria tan imprudente como aventurado divulgar mi secreto, y mas aun para decíroslo á vos, Erminia. Camino á ciegas, y... de todos modos, aunque mis esperanzas fuesen quiméricas, si os hago un bien, hecho se

queda, y no he malgastado el tiempo. Pero no le desperdiciemos ahora. Temo que Horacio, que tanto frecuenta la casa de la Duquesa, venda su amor, como vendió su fé.

ERM. ¿Y si su mismo cariño fuese la única causa de su falta?

LUIS. Muy de veras le amais, puesto que le defendeis; pero... repito, temo que os venda como vendió su honor. Mas esto lo veremos muy pronto: mi venida á este sitio no tiene otro objeto, que el de haceros saber teneis un auxiliar, quizás muy poderoso, que vela por vos. Este auxiliar soy yo, que... á nadie temo, y menos que á nadie á esa miserable Duquesa, á esa orgullosa mujer. Nó os arredre nada de cuanto oigais, nada os intimide si acaso la vierais, ni accedais á nada de cuanto os proponga ó mande, porque todo ha de ser contra vuestro honor. En todo caso, recordád que no estais sola en el mundo; que hay quien solo se ocupa de salvaros, y que no tocarán á uno solo de vuestros hermosos cabellos, sin que primero perezca yo, que me honro y enorgullezco con el dictado de vuestro defensor. La gente vulgar y los malvados con solo verme se atemorizan: mas... si hubiese alguno... ó algunos que hiciesen frente, armas tengo conmigo, y un corazon que jamás conoció el pavor. Pero... gente se acerca: acaso se aproxima el momento de la dura prueba... Tened valor, bella Erminia.

ERM. ¿Qué vá á ser de vos?

LUIS. ¡Oh!... Por mí no tengais recelo... valor, vuelvo á deciros. (Desaparece entre los pilares.)

ESCENA III.

ERMINIA, BLAIMBIRG, Sicarios, con luces.

BLAIMB. Seguidme, señora.

ERM. ¡Oh!... ¡Tened compasion!... ¿adónde me llevais?

BLAIMB. Á la presencia de la poderosa señora de Reulx, Estenovik y Aremberg.

ERM. ¡Gracias, gracias, Dios mio!... ¡Por fin voy á verla!... y... aunque para mí su presencia ha de ser como la de un juez parcial, déspota y arbitrario, quiero que de una vez mi suerte se decida, y... mas bien morir que padecer por tan diversos modos. No puedo sostenerme.

(Comienza á caminar.)

BLAIMB. Apoyaos, si gustais, en mi brazo. Id delante para dar luz (Á los sicarios.) al tránsito. Tened ánimo... No os faltan amigos. (Aparte á Erminia.)

ERM. ¡Protegedme, Dios mio!... y no dejeis que sucumba la inocencia. (Salen por el fondo: poco despues atraviesa Luis.)

LUIS. Vamos á ver si podemos salir de esta mazmorra, y luego del castillo. [1]

ESCENA IV.

Magnífico salon de un antiguo castillo feudal.

(Aparece la DUQUESA sentada sobre un rico sillon y apoyada sobre una mesa, encima de la cual se ostentan las insignias de su señorío.)

DUQ. Si, me repugna... es tan hermosa... mas no, no merece piedad. Jamás mortal alguno contrarió mis deseos, y... ella es el único obstáculo que en el mundo entró, para impedir precisamente el mas grato y mayor de todos aquellos. Héla aqui... Es bella sin duda, parece un ángel del cielo descendido, pronto á sufrir en este horrible valle de duelo... ¡de miseria!... Mas... su hermosura misma es su mayor delito. (Permanece un momento absorta: de pronto, dirigiéndose á Erminia, que habrá permanecido bajo el dintel de la puerta, dice con imponente voz.) Acercaos, jóven... Blaimbirg, retiraos.

ESCENA V.

DUQUESA, ERMINIA.

DUQ. Aunque pudiera hablaros como ofendida é irritada señora, cuando ante su vista tiene á un desleal vasallo, quiero por un momento dar al olvido mis justas quejas, á fin de no poder jamás atribuirme á mí propia vuestra

---

1 Aquí puede hacerss cuadro si el director no quiere hacer la mutacion á la vista, pero tambien puede llevarse seguido el acto, si lo prefiere, poniendo una prision corta.

desgracia sino á vuestra misma obstinacion y rebeldía.

ERM. Señora, jamás os ofendí ni contra vos fuí desleal; ¿en qué pude faltar para haber estado sumido en la espantosa prision que me ha sido destinada? ¡Es tan horrible!

DUQ. ¿Creeis que un villano puede insultar impunemente á un noble, y á un noble que es su legítimo señor?

ERM. ¡Insultaros, señora!... ¿Á vos... cuándo?

DUQ. No podeis ignorar que lo que habeis hecho, queriendo en vuestra misma aldea, de la que soy señora, oponeros á mis deseos, atreverse á tanto la hija de unos de mis últimos vasallos... ¿es poco insulto?

ERM. (Continúa recobrando gradualmente su energía.) Señora, si por desgracia aludis á lo que presumo, lo ignoraba á fé mia, y hace... (Ap. como recordando que iba á revelar el secreto que Luis acababa de confiarla. (¡Qué iba á decir, imprudente!) Os suplico que decidais de mi suerte, ¡no puedo sufrir mas!...

DUQ. ¡Basta! (Queriendo cortar el comenzado diálogo, como temiendo haber dicho demasiado.) Ni vos sois digna de estar ante mi vista, ni yo debo descender hasta vuestra humilde esfera, hablándoos del modo que, por mi natural bondad, lo estaba haciendo. Ademas de las quejas que sobre vos tengo, se me han dado hace poco (Afectando indiferencia.) sobre un asunto grave. Parece que habeis sido bastante crédula, para persuadiros de que un noble duque queria honraros con su mano; y personas muy allegadas á este, exigen de mí, que á toda costa impida que tan feo borron empañe sus blasones. Asi, pues, estoy en el deber de evitarlo, y en virtud de la autoridad que sobre vos tengo, os mando que suscribais ese escrito. Vedle vos misma.

ERM. (Cuánto sufrir, ¡Dios mio! (Ap. inmóvil.)

DUQ. Leed, y firmad... sabeis hacerlo, ya que vuestro padre ha querido, para vuestra perdicion, daros una educacion que no os corresponde. En esto estriba vuestra salvacion, puesto que solo podeis creer que un puro pasatiempo de ese duque, le ha hecho emprender tan descabellada aventura.

ERM. (Despues de leer.) Señora, si el duque no tiene respecto de mí mas buenas intenciones que las que de decir acabais, es inútil que yo firme ese escrito. Con no verle jamás ni darle oidos está todo terminado y satisfechas esas

exigencias que decis os han hecho.

DUQ. ¡Cómo! ¡¡Será cierto!... ¡Os negais! ¿añadís á las anteriores esa nueva desobediencia? ¿Sabeis que estais en mi poder? (Con ira, y abandona el sillon.)

ERM. Lo veo, señora.

DUQ. ¿Ignorais que puedo haceros morir?

ERM. ¡Cómo ignorarlo!... Podeis, en efecto, pero abusando de vuestro poder: puesto que terminaron los tiempos en que vuestros mayores tenian el derecho de vida y de muerte sobre sus vasallos. Estoy en vuestro poder, y teneis el derecho de la fuerza; os apoyais en la ley de la violencia y de la tirania.

DUQ. ¡Pues si no ignorais que puedo haceros morir, preparaos á perder la vida. ó... firmad!...

ERM. ¡Señora, el que tranquilo en su conciencia, porque jamás practicó el mal, ha sabido sufrir resignadamente trabajos sin límites, no mira la muerte como término de goces, sino como principio de vida, de descanso. Teman la muerte los que obraron el mal y se ocuparon en perseguir á la desvalida inocencia!...

DUQ. (¡Infernal criatura!...) (Ap.) Por última vez, ¿firmais?

ERM. ¡No, mil veces no!...

DUQ. Blaimbirg... Cúmplanse mis órdenes. (Sale Blaimbirg con los sicarios: estos se colocan á derecha é izquierda: aquel se adelanta algunos pasos.)

ERM. Ignoro cuáles serán estas órdenes, señora; mas no olvideis nunca que si vuestro poder, hoy apoyado por otro mayor que el vuestro, puede hacer de mí lo que su voluntad ordene, existe otro poder superior á todos los de la tierra, el cual en su dia os tomará residencia, y estrecha cuenta de tan inmerecida persecucion. Temed presentaros ante el supremo é inflexible tribunal de Dios con las manos teñidas en la sangre del inocente.

DUQ. ¡Miserable! os habeis propuesto extinguir en mi corazon todo sentimiento de piedad y de misericordia; desafiais osadamente mi poder, y cada vez agravais mas y mas vuestro delito. Pues bien: vuestra suerte está decidida... culpaos á vos misma... y no espereis misericordia ni auxilio, puesto que abandonada como mereceis, de cuantos defenderos pudieran, os olvidais de que vuestra salvacion solo consiste en excitar mi piedad, y lejos de esto, solo tratais de excitar mi justa

ira. ¿Habeis, por vuestro mal, confiado en algun quimérico poder humano, que en este apartado sitio pudiera oponerse á mis designios?

LUIS. (Aparece.) En el mio, señora. (Se presenta en la puerta tranquilo, inmóvil, cruzado de brazos, y mirando fijamente á la Duquesa.)

ESCENA VI.

DICHOS, LUIS.

Los sicarios al aparecer Luis huyen sobrecogidos con un sordo murmullo, como asombrados de la aparicion. Blaimbirg se retira.

DUQ. ¡Cobardes! ¿Asi huis?

LUIS. No os movais, señora. (Avanzando.)

DUQ. ¡Oh! Pensais acaso intimidarme á mí, del mismo modo que habeis logrado subyugar el vulgo?

LUIS. (Siempre con su occstumbrada sangre fria) Lo habré logrado sin pretenderlo. Para subyugaros á vos, orgullosa y opulenta señora, no es menester apelar á ningun sobrenatural poder; le tengo muy humano y terreno, pero muy suficiente para derrocar el elevado pedestal de vuestra soberbia, arrojando por el suelo esa respetada reputacion que todos tan gratuita como inmerecidamente os conceden.

DUQ. ¡Insolente!

LUIS. Nada de insultos, señora Duquesa: en este mundo es muy frecuente que Dios castigue á los malvados con la justísima y equitativa pena del talion: Pocos momentos hace insultabais á mansalva á una criatura inofensiva é inocente; sin razon ni aun apariencia de ella, porque os creiais mas fuerte, y esto hasta la evidencia prueba vuestra nobleza: ahora el mas fuerte soy yo, y á ejemplo vuestro, porque siempre procuro identificarme con las personas á quienes necesito tratar de cerca, debo haceros sentir lo mismo que vos habeis hecho sufrir á vuestra infeliz víctima... No obstante, siempre demuestro ser mejor que vos, puesto que si habeis hecho sufrir á la inocencia, yo á quien trato de hacer sufrir, es á la maldad misma, personificada en vos.

DUQ. No creais, atrevido, que por encontrarme sola, y por ha-

ber hecho huir á mis criados, me atemorizo; no penseis, hombre osado y calumniador, que me habeis de insultar impunemente, ni que me faltará la suficiente enerhia para hacer frente á un deslenguado villano como vos.

LUIS. Ni vos imagineis... ¡qué es imaginar! ni aun soñar siquiera, que si agotais cuantos dicterios pueda sugeriros el vocabulario de la maldad en que tan versada estais, me vereis retroceder, ni impacientarme. Tengo muy ejercitado el sufrimiento y soy absolutamente impasible... Oidme un momento, y os aseguro que nuestro diálogo terminará pronto. La nobleza de Amberes os tiene por la mas virtuosa mujer, por la mas angelical criatura, porque de todo punto ignora vuestros antecedentes (*La Duquesa se rie con sarcasmo.*), y vos, con la impúdica sonrisa del descoco, mudamente decis que á mí me sucede lo mismo que á los de Amberes, ¿no es asi? Pues voy á haceros ver que os engañais, y voy á haceros creer, á vuestro pesar, en mi poder diabólico.

DUQ. ¡Terminad! (*Interrumpe con enojo mirando en todas direcciones.*) No gusto de farsas, y se agota fácilmente mi paciencia.

LUIS. No mireis á parte alguna, porque nadie se atreverá á venir, y si se atrevieran seria completamente inútil. Nada os dicen en este momento vuestro corazon ni vuestra conciencia, ó está aquel tan petrificado y tan cerrada esta, que no os revelan la existencia de alguno que conozca vuestra terrible historia? Pensadlo bien, ilustre Duquesa de Reulx, repasad vuestra memoria... ¡Callais!...

DUQ. Aunque tuviera (*Con serenidad mal fingida.*) que recordar, nada de honroso seria, ni estaria al alcance de un miserable como vos.

LUIS. Pues este aventurero sabe y puede divulgar, y probar tambien si preciso fuere, que la noble Duquesa de Reulx, en otro tiempo Emma de Aremberg, se unió hace diez y ocho años (*La agitacion de la Duquesa es ya visible.*) á don Francisco de Ulloa, bizarro maestre de campo español, y hace diez y siete que villana y traidoramente le abandonó, huyendo de su casa con un capitan flamenco, á quien amaba.

DUQ. ¡Oh, qué horror!... (Cae sobre el sillon.)

LUIS. (Con calma.) Gracias á Dios que una vez encontraste con quien te pudo avasallar... ¡Si esto vieran los supersticiosos flamencos para que no creyeran de hoy mas en mi sobrenatural poder!... Seguidme, Erminia, aqui dentro (Volviendo la cabeza donde está Erminia, que habrá permanecido en un lado desde la aparicion de Luis inmóvil y siguiendo con la vista los movimientos de ambos interlocutores, como temiendo y esperando la decision de su vida ó su muerte.) estais ahora segura, y fuera tenemos quien nos guarde las espaldas. ¡Blaimbirg! (Llamando.) Ahí queda vuestra señora, y... ella volverá en sí para darme la satisfaccion de concluir una historia que he dejado comenzada. Vamos. (Á Erminia.)

ERM. ¿Adónde me llevais? (Con temor.)

LUIS. ¡Recelareis de mí!...

ERM. No os ofendais: ¡soy tan desgraciada!...

LUIS. Creo que la aurora de la paz comienza á descubrirse para vos. ¡Quiera el cielo que asi sea! ¡Ah! ¡Blaimbirg! (Al llegar á la puerta.) si tratan de reprenderos por vuestra huida, echad la culpa al diablo, que con su aparicion os asustó, y... en todo caso ya sabeis dónde hallarme.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Gran salon del palacio de la Duquesa en Amberes, preparado lujosa y profusamente para un baile de máscaras.—Doble escalinata en el fondo; por la cual suben y descienden simultáneamente las parejas. Al levantar la cortina estarán tocando las orquestas del baile, colocadas en tribunas á propósito sobre el palco escénico, y varias parejas ejecutarán un baile de la época.

Entre los máscaras que pasean por la escena estará Guzman, de judio, con túnica y bonete morados, manto amarillo. Luis, de griego, en traje de guerra, dando el brazo á Erminia, de griega tambien.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ERMINIA, GUZMAN, MÁSCARAS, BAILARINES y COMPARSAS.

LUIS. (Encontrándose con Guzman.) Este debe ser, pero... digamos nuestra contraseña, no haya otro parecido. (Acercándose.) Judio, ¿en Amberes?

GUZM. *Por la inocencia.*

LUIS. ¿Qué has sabido?

GUZM. Ya ha vuelto.

LUIS. ¿Y cómo?

GUZM. Él lo sabrá, pues no me lo ha dicho: se queja de la obs-

tinacion con que has callado.

LUIS. ¿Ha perjudicado acaso?

GUZM. Bastante para atrasar tres meses la realizacion de tus deseos. Asi lo dice él, y no dice otra cosa, pues hasta no verte nada quiere hablar.

LUIS. ¿Cómo no viene?

GUZM. Preparándose quedaba, y me mandó delante para que estuvieses tranquilo.

LUIS. Estoy á tus órdenes y dispuesto á todo. (Pasean entre las demas parejas.)

ERM. ¡Estais inquieto!

LUIS. No, á fé: ni conozco en el mundo cosa que pueda inquietarme, por terrible que sea. Si lo decis porque miro en todas direcciones, debo advertiros que busco á cierto mosquetero francés...

ERM. ¡Qué... os vais á separar de mí!

LUIS. Por nada de este mundo: podeis contar conmigo en vida y en muerte.

GUZM. (Á Luis.) ¿Y se sabe á qué santo es esta fiesta?

LUIS. Como murió asesinado el príncipe de Orange, la Duquesa vistió luto: nombró el senado como sucesor de aquel en el gobierno general de estas provincias á Mauricio de Nassau, hijo del príncipe, y la Duquesa abandonó el luto que por el padre llevaba, y dispuso este gran baile para celebrar la exaltacion al poder del hijo; y por esta noche aqui hay entrada franca, pues la altiva señora quiere ahora hacerse popular.

GUZM. ¿Es decir que la fiesta se celebra á santa adulacion?

LUIS. Precisamente.

GUZM. Dicen que la encontraron sus criados medio muerta en su antiguo castillo del Leopardo... ese que tiene á dos millas de aqui... porque se le apareció el diablo.

LUIS. Antiguo es en el mundo achacar todas las culpas al diablo, como si no hubiera muchas personas mas infernales que aquel: pero... poco susto habrá recibido cuando tan pronto está para bailes.—Mírala.

ESCENA II.

DICHOS, DUQUESA, HORACIO. La Duquesa de córte con la rica diadema ducal. Horacio, tambien sin disfraz, dando el brazo á la Duquesa.

LUIS. ¡Talante tiene de reina!... ¡quién no se engañará!
ERM. ¡Es bella!... ¡Ah! (Se reprime al ver á Horacio.)
LUIS. (Ap. á Erminia.) ¡Disimulo... calma!
GUZM. Y... es jóven aun...
LUIS. Treinta y siete años tiene, justos y cabales; y yo treinta y cuatro.
GUZM. ¿Tienes tan ajustada tu cuenta como la suya?
LUIS. La suya y la mia... pueden tener quizás alguna conexion.
GUZM. ¡Qué amartelada vá con el doncel!
ERM. (Ap.) ¡Oh!... ¡cuánto sufrir!
LUIS. (Ap.) Quiera el cielo que no lo echemos á perder antes de tiempo... (Alto.) ¡Hola! Allí aparece mi mosquetero: acerquémonos... pero no, que se acerca él y... luego iremos á escuchar el diálogo de la Duquesa y el capitan, segun hemos convenido, ¿no es asi?
ERM. Como gusteis.
LUIS. Vengo aqui con objeto de que termine esa angustiosa enfermedad vuestra... cómo terminará no es fácil adivinarlo.

ESCENA III.

DICHOS, OSORIO, máscaras.

(Duquesa y Horacio giran de un punto á otro recibiendo las felicitaciones de los concurrentes.)

OSORIO. (Á Luis.) ¿En Amberes?
LUIS. *Por la inocencia.*
OSORIO. Muy bien, estamos reunidos.
LUIS. ¿Supiste alguna cosa importante?
OSORIO. Cuanto pudieras desear; y si antes no lo has sabido, cúlpate á tí mismo y á tu obstinado silencio.
LUIS. ¡Qué quieres! Juré no decirlo á nadie, sin excepcion, y hacer verbalmente la revelacion para evitar toda disposicion ulterior del hombre rústico que sabes, porque te-

mia su original carácter. Qué quieres... creí esto mas conveniente y... no soy inerrable.

OSORIO. Pues recibió mi mensaje como presente del cielo. Si yo hubiera sabido lo que deseabas, para que él hubiera rehusado escucharme y tú hubieses padecido y expuesto tu vida durante tres meses.

LUIS. El mal ya se hizo y jamás es tarde, cuando la dicha es buena. Ahora, silencio... no demos indiscretamente cuenta á todo el mundo. Voy á ver si logro el fin que aqui me trajo, y luego pensaremos en lo demas. Alegraos, Erminia, que yo por extremo estoy contento.

ERM. (Aparte á Luis, con dolor.) Miradle tan risueño y complaciente, cuando debe creer que estoy penando!

LUIS. Lejos de eso, le han persuadido que estais muy satisfecha y llena de felicidad. Pero... prendido estaba su amor con alfileres, segun dá á entender. (Llegan á colocarse detrás de la Duquesa y Horacio.) Veremos si el sol brilla siempre tan esplendente y magnífico para los buenos como para los malvados.

DUQ. (Á Horacio.) No sé por qué me disgusta instintivamente ese griego desde que le he visto, y mucho mas desde que oido la equívoca y enfática manera con que habla.

LUIS. (Á Osorio.) No estemos todos juntos, vé tú hácia donde sabes; (Á Guzman.) y tú aléjate ó acércate segun convenga.

DUQ. (Inmediatamente, dice á un máscara de dominó leonado.) Id vos á la puerta secreta; (Á Horacio) y vos ¿quereis seguir á aquel mosquetero y ver adónde se dirige?

HORACIO. Nada habrá que no haga por complaceros.

ERM. (Rápidamente á Horacio.) ¡Deteneos!

HORACIO. ¡Cielos!... Esa voz...

ERM. Si, yo soy... miradme y... ¡confundios! (Arráncase el antifaz.)

DUQ. (Con furor concentrado.) ¡Ella, siempre ellá! ¡oh!... ¡veremos quién vence hoy!

LUIS. (Ap.) El que para sus proyectos cuente con la prudencia de los enamorados, puede desistir de su propósito. Lo peor es que se ha puesto en un fuerte compromiso. (Erminia ha estado hablando con Horacio: aparece el del dominó leonado, el cual á la cabeza de vários máscaras se interpone como casualmente, al mismo tiempo que Luis se dirige á

Horacio y Guzman á Erminia. Los máscaras estan ya interpuestos entre Luis y Erminia, confundiéndose esta y aquellos entre la multitud.)

LUIS. Capitan, si habeis concluido?

HORACIO. ¿Qué quereis?

LUIS. Entregaros una prenda vuestra, que en mi poder conservo. (Saca la manopla.)

HORACIO. ¡Oh! me buscasteis al fin... y hoy no podreis sustraeros á mi furor... ¡Vos la acompañabais!

LUIS. Dejaos de simplezas, porque... vengo de paz, capitan.

HORACIO. Paz entre nosotros, jamás.

LUIS. Siempre. Sois caballero y no abusareis de un secreto que voy á revelaros.

HORACIO. Eso... nunca.

LUIS. Asi lo creo. Soy un jefe español, y he venido á Amberes con varios objetos: uno de ellos el de hablaros en nombre del invicto príncipe de Parma, el ilustre Alejandro Farnesio.

HORACIO. ¡Dios eterno!... no hableis, ¡no!

LUIS. ¡Cómo no! He de cumplir la órden pese á quien pesare. Os pide me acompañeis al campo católico...

HORACIO. ¡Imposible!

LUIS. Bajo la salvaguardia de su solemne palabra; y si despues de que os hable S. A. quereis volveros, nadie lo impedirá.

HORAOIO. Imposible, repito.

LUIS. Bien, mas tened presente, que si ahora no accedeis, luego, mañana, ó cuando la ocasion se presente, os obligaré á ir.

HORACIO. No existe hombre alguno qne pueda obligarme á hacer lo que no quiero.

LUIS. Pues si... Acaso exista uno, y... ese uno sea yo.

HORACIO. ¡Á tanto os atreveriais!

LUIS. ¡Bah!

HORACIO. ¡Y á mas osais con tal desprecio hablarme!

LUIS. Á vos y á quien sea mas que vos sé yo obligar á hacer lo que quiero.

HORACIO. ¡Concluyamos!

LUIS. Concluiremos. Oid mis últimas palabras. Erminia es la mas pura y bella de cuantas mujeres habeis conocido. Cuando desapareció fué apresada por los sicarios infames de la infernal Duquesa, quien la tuvo encerrada en

una horrible prision, de la cual no hubiera podido salir y en la cual hubiera perecido, si yo no hubiese acudido á salvarla.

HORACIO. Lo sé por ella misma; pero os advierto que no admito en mis asuntos la intervencion de ningun desconocido.

LUIS. Tanto me dá: aunque de grado ó fuerza habreis de escuchar lo que resta. Esa hermosa labradora ha sido la única causa de vuestra desercion.

HORACIO. ¡Caballero!

LUIS. No os altereis, porque... me es indiferente. Comprended bien mis palabras: esa hermosa labradora, por si de veras la amais, no se unirá jamás á ningun rebelde.

HORACIO. Si la confianza que de mí habeis hecho y el sitio en que nos hallamos no contuviesen mi justa indignacion...

LUIS. Sucederia... nada probablemente. (Despues de un momento, notando que Horacio está pensativo.) ¿Reflexionais?... Bien: espero que os aprecieis mas á vos mismo, y que comprendereis por lo tanto que el de Parma desea que el perjurio de un Gonzaga, en el cual ha tomado parte la cabeza y no el corazon, no sea duradero. Recordad vuestro ilustre apellido, y que vuestra familia toda milita bajo las mismas banderas que... Ademas, Erminia, os lo aseguro, solo se casará con un leal y... con quien yo quiera. (Horacio mira con asombro á Luis; este, que observa cuántos curiosos le examinan á cierta distancia, les dice.) Señores, no quiero que murais de curiosidad no satisfecha. ¡Miradme bien! (Murmullo general: casi todos retroceden.)

HORACIO. (Ap. á Luis.) ¡Qué habeis hecho!...

LUIS. Solo saben que me llaman el diablo; pero solo vos sabeis á qué bando pertenezco. (La escena no habrá dejado de estar durante el diálogo animada por los máscaras. Hace tiempo que no se vé á Erminia ni á la Duquesa.)

ESCENA IV.

DICHOS, un CAPITAN FLAMENCO.

Hace un momento que habrán comenzado á oirse lejanos disparos de cañon.

CAP. (Á Horacio.) Duque, acudid presuroso á los pabellones: las líneas enemigas han roto el fuego contra la ciudad y esta se prepara á la defensa. El gobernador ha man-

dado que se preparen los corazas.

HORACIO. Volveos, al punto os sigo.

LUIS. (Apretando la mano á Horacio.) Por Dios, capitan, que os perdeis: esperadme en la puerta Real y... en fuerza de las circunstancias os revelaré un importante secreto.

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, menos HORACIO y el CAPITAN FLAMENCO. Cesan los disparos.

GUZM. ¡Gracias á Dios que estás solo!

LUIS. ¡Vienes agitado!

GUZM. ¡Malas nuevas, por Dios! (Disminuyen los máscaras que habia en la escena.)

LUIS. ¡Habla, no me hagas sufrir!

GUZM. Un tropel de máscaras se interpuso, al parecer de propósito, en el paso de este salon al otro, con el afan de retirarse precipitados al oir anuncios de guerra.

LUIS. ¡Y yo que creia que te la habias llevado!... Mas tú...

GUZM. Nadie hubiera hecho mas; pero... se me oponia una inmensa muralla de carne. (Se acerca un Máscara, y como si no hablase, pasa rápidamente, diciendo á Luis.)

MASC. El Leonado estaba allí, ya que faltaba el diablo. (Luis no demuestra alegria ni sentimiento. El Máscara pasa de largo.)

LUIS. ¿Qué hay de guerra?

GUZM. Dos horas dan de tiempo para salir de la plaza á los forasteros que han entrado en ella á ver las régias fiestas. Estas dos horas son las mismas de tregua que han pactado para examinar los artículos de la capitulacion que el príncipe Farnesio ha remitido á los rebeldes. Por eso, segun dicen, han cesado los disparos.

LUIS. Forzoso es aprovecharlas, que hacemos falta en nuestro campo. (La Duquesa habrá aparecido y se acerca despacio, coge á Luis de lo mano, le separa de Guzman y dice con aire de triunfo y maligna sonrisa.)

DUQ. Protector de la desvalida inocencia, por esta vez perdisteis la partida. ¿Ignorabais que mis palacios tienen secretas puertas y calabozos, en cuyos espesos muros se embotan y extinguen los agudos ayes de los moribundos?

LUIS. (Imitando á la Duquesa.) Emblema respetable del candor

y la conyugal fé... acaso la habreis perdido vos. ¿Se disipó ya la honda impresion que en vos hizo el principio de aquella célebre historia?... Pues oid el fin; seré muy breve. (La coge de la mano.) ¡Oh! no trateis demarcharos, os la contaré bajo, muy bajo y... si asi no quereis, aun queda en el salon bastante gente y á esta referiré completa la cándida historia. ¡Elegid!

DUQ. (Ap.) ¡Suframos!

LUIS. ¿No conoceis al que apellidan el diablo; si supierais su nombre, le conoceriais demasiado, mas... ¿puede haberse petrificado hasta tal punto vuestro corazon que ni antes ni ahora ha latido vivamente al encontraros cerca de él? ¿Qué quisisteis decirme con vuestro sólito é inaudito descaro, al noticiarme que perdí la partida... que habeis hecho asesinar ahora á la inocente Erminia? ¡Peor fuera esto para vos que para mí, porque nuevo Cain, llevariais en vuestra frente escrito el horrible delito, con caractéres indelebles de sangre y de sangre vuestra!

DUQ. ¡Dios mio!... ¡Qué quereis decir!!

LUIS. Señora... Cuando os casasteis, estaba yo en la Frisia: cuando regresé, habiais desaparecido. Poco me importa el uso que hagais de mi secreto; tambien yo poseo los vuestros, harto mas delicados que aquel y por mil estilos punibles. Yo soy Luis de Ulloa, señora.

DUQ. ¡Ah! (Reprimiéndose.)

LUIS. (Sigue con rabia concentrada, en voz sumisa pero enérgica.) Si, soy Luis de Ulloa, el hijo del desgraciado maestre á quien abandonasteis un año despues de casada, cuando aun no erais Duquesa...

DUQ. Callad, ¡callad!... (Con angustia.)

LUIS. Vos sois mi madrastra, señora. Cuando os unisteis á mi buen padre, á quien vuestro delito casi instantáneamente quitó la vida, estaba mi tercio, que era el de la Sagrada Liga, en donde antes os dije: volví al saber la muerte de mi padre, mas... no supe adónde parabais. No os curasteis de saber qué habia sucedido de los que en el mundo quedamos, y el pomposo título de Duquesa de Aremberg, que de vuestro tio heredasteis, sirvió para vos como el blanco y límpido cendal que oculta la corrupcion de Egida á Emma, y... por fin, tres meses há os ví y en el momento, habiéndoos conocido,

desapareció ante mi visto la Duquesa, quedando solo Emma, en toda su horrible repugnancia.

DUQ. ¡Qué angustia, Dios eterno!

LUIS. No mucho tiempo antes de vuestra indigna fuga disteis á luz una niña, que abandonasteis mil veces mas cruel que las dañinas fieras, y esa hija ¡horrorizaos! ¡es Erminia!!...

DUQ. ¡Ah! (Cae: al terrible grito exhalado por la Duquesa, se arremolinan junto á ambos los pocos máscaras que han quedado en esceña, y Luis recobra su habitual serenidad.)

LUIS. (Recobrando repentinamente su habital tranquilidad y con completa indiferencia.) Esto será cosa pasajera... se empeñó en sostener un diálogo con el diablo; jugó con él y... perdió la partida. (Á Guzman.) ¡Vamos, amigo! (Salen lentamente.) Estais segura ahora, y fuera tenemos quien nos guarde las espaldas. (Llamando.) ¡Blaimbirg!... Ahí queda vuestra señora y... ella volverá en sí, para darme la satisfaccion de concluir una historia que he dejado comenzada. ¡Vamos! (Á Erminia.)

ERM. (Contemos.) ¿Adónde me llevais?

LUIS. ¡Recelareis de mí!

ERM. No os ofendais, ¡soy tan desgraciada!

LUIS. Creo que la aurora de la paz comienza á descubrirse para vos. Quiera el cielo que asi sea. (Al llegar á la puerta.) ¡Ah! Blaimbirg... si tratan de reprenderos por vuestra huida, echad la culpa al diablo que con su aparicion os asustó y... y en todo caso, ya sabeis dónde hallarme.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Á la derecha desde la segunda caja diagonalmente hasta el fondo el gran puente hecho para el sitio de Amberes sobre el Escalda.— Á la izquierda, desde igual sitio, las murallas de Amberes, y vista mas lejana de la ciudad. En el primer término el paso por tierra hasta una de las principales puertas de aquella.

ESCENA PRIMERA.

LABRADOR 1.°, ID. 2.° Pueblo de todos sexos y condiciones. Al levantar la cortina se harán varios disparos desde las lanchas y el puente con fuegos de Bengala, para que sea mas vistoso, ó con balas de iluminacion disparadas al aire.

Lab. 1.° ¿Tambien tú has venido á ver la fiesta?

Lab. 2.° Lo mismo que tú, ni mas ni menos. ¿Pero á qué viene tanta bulla, y se acabó todo en paz?

Lab. 1.° Para celebrar el triunfo.

Lab. 2.° Pues me gusta: para disputar, bulla; para vencer, bulla; y bulla para celebrar, y siempre ruido. ¡Yo estoy asi sordo! ¿Y tardará mucho?

Lab. 1.° ¡Quiá! ¡Si es cerca del medio dia!

Lab. 2.° Mejor: ¡ay, amigo, y qué guapo entró el diablo en nuestro pueblo! ¡No habian de calzarse con la ciudad si era el diablo de ellos!

Lab. 1.° ¡Calla, estúpido! ¡Qué diablo ni qué remolacha!

Lab. 2.° Diablo ó no diablo, puede con todo el mundo; y cuando entró en el pueblo iba que daba gozo mirarle, á la cabeza de doscientos mil de á caballo, poco mas ó menos, con cada pincho de legua y media de andadura, que parecian guadañas de la muerte.

Lab. 1.° ¡Cuánta gente danza por aquí!... ¡lo que vá de ayer á hoy!

LAB. 2.º Mira, mira... allí viene el diablo, y le acompaña aquel con quien armó camorra en el pueblo, porque diz que los dos querian á la hija del amo, y entrambos parecian siempre nuestra sombra.

LAB. 1.º ¡Calla, charlatan!

ESCENA II.

HORACIO, LUIS, pueblo, etc. Luis de maestre de campo con la cruz de Santiago. Horacio de capitan español.

LUIS. Os habeis portado como noble concurriendo al llamamiento del príncipe, aun sin esperar á que os revelara mi secreto: aquel os admite en las valientes filas españolas, y os concede en nombre del rey, el mando de tres cornetas de piqueros á caballo. Ahora, mientras llega el momento de incorporarnos aqui á la régia comitiva, voy á revelaros mi secreto y á haceros una explicacion. Erminia, la perseguida Erminia, nunca fué labradora, sino hija de un maestre de campo español que falleció cuando apenas contaba aquella un año, abandonado por su esposa Emma de Aremberg, despues duquesa de Reulx por la muerte de un tio suyo, que sin sucesion dejó de existir.

HORACIO. ¡Erminia hija de la Duquesa!... ¡Qué horror!

LUIS. Vuestros celos eran infundados, porque si yo me acercaba á la casa de Erminia era solamente por descubrir un importante secreto... un verdadero misterio... creia que era mi hermana.

HORACIO. ¡Hermana vuestra!...

LUIS. Y lo era en efecto.

HORACIO. ¡Dios mio!

LUIS. Cuando mi padre, de segundas nupcias, se casó con Emma, estaba mi tercio en la Frisia. Regresé por muy pocos dias, con motivo de la muerte de mi padre, á Malinas, donde tenia establecida su casa. Las circunstancias, tan aciagas entonces, me obligaron á incorporarme á mi tercio, dejando encomendada mi tierna hermana al cuidado de su aya, que como madre la queria. Desgraciadamente en mil quinientos sesenta y ocho, al volar el depósito de la pólvora que en la predicha ciudad existia, se arruinó la casa de mi padre; y un hombre honrado sacó de entre las ruinas á Erminia y á la

espirante aya. Esta murió, y aquella fué llevada á Brabante por su salvador, quien despues se avecindó en estos contornos. La vida errante é intranquila que llevara mi tercio me impidió adquirir la menor noticia, á pesar de mis esfuerzos y deseos, hasta... hace casi cuatro meses... que vine destinado al grueso del ejército, y la fama de hermosa y discreta que llevaba la creida labradora y su nombre llamaron mi atencion, y pedí una licencia con objeto de romper el espeso velo que tanto me martirizaba.

HORACIO. ¿Pero cómo no os acercasteis á hablar al que era tenido por padre suyo?

LUIS. Razones tuve para ello, que se volvieron en contra mia. Dios asi lo quiso, y... mirad mi ceguedad completa: juré no manifestar á nadie mi secreto, ni aun á Osorio, á pesar de haberle oido mil veces decir que se halló en el incendio de Malinas teniendo veintidos años de edad. En cuanto á Ploebems, despreció mis cartas, suponiendo que se referian á una de tantas peticiones amorosas como á menudo recibia, y... ni aun contestar quiso.

HORACIO. ¡Cuánta horrible desgracia hubierais evitado!

LUIS. Mi error consistió en no revelar á Osorio mi secreto. Sargento de voluntarios entonces, auxilió á Ploebems en la posada de la Naranja de Oro; y este le dió dicho nombre por contraseña, á favor del cual pudo penetrar en su casa, cuando viendo yo todo casi perdido le revelé el secreto. Sin esa contraseña no hubiera logrado el objeto; porque ni sabia el nombre del salvador de Erminia, ni hubiera podido reconocerle habiéndole visto una sola vez y con diez y siete años de no verse. Ploebems, lleno de placer, entregó á Osorio la declaracion dada por el aya semiviva, ante el magistrado de Malinas; y sabiendo por ella que la hermosa niña se llamaba Erminia, asi la continuó llamando, sin revelarla jamás su orígen, por no darla un pesar.

HORAOIO. ¡Por qué á tiempo no os confiasteis á vuestro amigo! Si asi lo hubierais hecho, no deplorariamos hoy la horrible desgracia que debemos llorar perpétuamente.

LUIS. Amigo mio, tengo esperanza de que los inícuos planes de la malvada mujer, no se hayan realizado; sin aquella, no podria demostrar tanta tranquilidad. En el mis-

mo salon del baile recibí un aviso que me hizo suponer la salvacion de mi querida hermana, y que me dió vigor para sostener un diálogo con la infame Duquesa, no poco triste. Mas ya sabeis que tuve necesidad de salir de la ciudad, porque se esperaba el asalto, que no se verificó; y en tales casos el guerrero de honor acude á sus banderas, aunque no haya espirado su licencia. Confieso que un vago presentimiento y un extraño recelo me tienen intranquilo: debiera haber recibido un aviso...

HORACIO. Si hubierais podido al menos entrar en la ciudad despues de la capitulacion...

LUIS. Imposible: fuí destinado á la plaza de armas del campamento, y no era oportuno ni conveniente suplicar otra cosa. Sin embargo, confiemos y... pero hé aqui el aviso que esperaba. (Guzman viene desde el campamento.)

ESCENA III.

DICHOS, GUZMAN, pueblo.

LUIS. Hablad, Guzman, traeis nuevas alegres, ó...

GUZM. Maestre, no sé qué os diga...

LUIS. Hablad, hablad por Dios.

GUZM. Entré fácilmente con las compañias que de escolta llevaron los jefes que interinamente tomaron posesion de la ciudad; y volví anoche adonde mi obligacion me llamaba, y de donde no he podido separarme hasta ahora. Despues de practicadas en vano mil pesquisas, fuí al mismo palacio de Reulx, y supe que la Duquesa estaba postrada en el lecho; y fingiendo un negocio importante llevé conmigo á uno de sus criados; le hice un convite, aceptó, almorzó bien, bebió mejor; y cuando lo juzgué oportuno, le hice las correspondientes preguntas... Mas no pude averiguar otra cosa sino que la jóven desapareció la noche del baile, y Blaimbirg tambien, sin que haya vuelto á saberse de una ni otro.

LUIS. ¡Cielos!

GUZM. Esto, unido á la noticia de que la Duquesa descubrió, en la misma noche casi, que Blaimbirg la vendia, no es muy buen augurio, porque esa infernal mujer no deja que impunemente la falten, cuando el que la falta es menos fuerte que ella.

HORACIO. ¡Oh! Desgraciada Duquesa; ¡llegó tu última hora! (Corre precipitadamente y se interna por el puente.)

LUIS. (Con furor.) ¡Y para cuándo reserva el cielo sus vengadores rayos! ¡Para cuándo guarda la destruccion y aniquilamiento de los malvados! ¿Será que el rayo respeta como al inmarcesible laurel la cabeza de los que multiplicando uno sobre otro crímen, forman de estos impenetrable yelmo? ¿Será signo infalible de la inocencia nacer entre lamentos, vivir entre gemidos y perecer conculcada y deshecha por la maldad, siempre victoriosa?... ¡Ah! no, no será asi: yo penetraré hasta el lecho de la infernal Meguera para abreviar las horas de su agonia; yo exacerbaré sus últimos momentos, dilacerando su corazon con el recuerdo de sus reiterados crímenes. Si, se los referiré uno por uno, sin olvidar la menor circunstancia que pueda agravarlos. Evocaré en mi auxilio, para ponerlas en relieve ante su turbia vista y extraviada razon, las pálidas sombras de su abandonado esposo y de su angelical hija, por ella martirizada; y cuando logre hacerla perder toda esperanza de celestial perdon, porque quiero que juntos se pierdan eternamente con su alma su cuerpo; cuando presa de la desesperacion y del tardio é inútil remordimiento, la oiga invocar á las infernalas furias, á quienes sus delitos han hecho sus inseparables satélites, aproximándome mas y mas al lecho de dolor en que yace, hundiré mi daga en su marmóreo seno, dejándola con vida suficiente para que mi agudo y penetrante grito, repetido por los ecos de las doradas bóvedas, la hagan oir mil veces, para su eterna condenacion, la terrible palabra infanticida!

GUZM. ¡Ah!... sosegaos... Yo os juro por la santa cruz de mi acero que ambos unidos consumaremos la venganza.

LUIS. No... no... yo solo basto... yo la consumaré... y despues que ella sea presa de las infernales furias, presa será tambien de las llamas el opulento alcázar que pudo sin derrumbarse sobre sus cimientos, cobijar y ocultar tantos crímenes. No quedará recuerdo de la infame, pues ni la historia querrá manchar sus páginas con tan nefando nombre; y yo... si... yo tendré el placer de ver teñida mi daga en su vil sangre... ¡Ah!... ¡no... (Cambio casi repentino.) no!... ¡si es por desdicha mia la misma sangre de mi Erminia!... (Llevando la diestra á la

frente como para quitar un obstáculo.) ¡Yo deliro! Arde mi cabeza... y las arterias laten como si á estallar fueran. Guzman... he dicho mal... la daga de un noble no debe convertirse en el puñal del bandido. Hice mal en culpar á la Providencia Divina... esta hará que la humana justicia cumpla con su deber. (Redoble y llamada.) Desgraciado amigo... nuestra obligacion nos llama, y... antes que todo somos guerreros. (Abatido.) ¡Ah! ¡Qué mal concuerdan con la pública alegria el luto y el dolor que acibaran mi alma! (Al disponerse para marchar aparece en la puerta de la ciudad la comision española, que ha tomado interinamente posesion de ella. Osorio, que pertenece á la comision, sale y se acerca.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, OSORIO.

OSORIO. ¿Dónde está Horacio?

GUZM. Las fatales noticias que por mi desgracia adquirí en la ciudad, le han hecho abandonar precipitadamente este sitio.

LUIS. Corro á buscarle para secundar su justa venganza.

OSORIO. Deteneos un instante. (Acaso cree... Hablemos con precaucion, no se afecte demasiado.)

LUIS. Adios... adios... No busqueis palabras para endulzar la amargura de estos terribles momentos.

OSORIO. Iba á deciros que he visto á Blaimbirg.

LUIS. ¡Y vos no le encontrasteis! (Á Guzman.)

GUZM. Yo...

OSORIO. Ni era posible: como no pudo salir con Luis, á causa de las ocurrencias de la ciudad, se ocultó bien, temiendo ser víctima...

LUIS. (Interrumpiéndole.) Comprendo: sigue, sigue.

OSORIO. Yo supe encontrarle hoy al rayar el alba...

LUIS. (Interrumpiéndole.) No me hagas sufrir, abrevia.

OSORIO. Porque sabia en dónde y Guzman lo ignoraba. Blaimbirg me refirió lo ocurrido y la razon que para ocultarse tuvo, temiendo sucumbir bajo el puñal de los sicarios de la Duquesa.

LUIS. ¿Y Er... mi... nia? (Con temor y esperanza.)

OSORIO. ¡Mírala! (Á este tiempo aparecerá Erminia á la cabeza de un coro

de nobles doncellas; ella y estas costosa y lujosamente vestidas. El coro se detiene en la puerta de la ciudad con dos heraldos que sobre ricas salvillas tienen unas llaves doradas que figuran se las de la ciudad. Al aparecer Erminia se vé á Luis salir de la ciudad por el lado opuesto á la puerta practicable; y viendo á su hermana se dirige precipitadamente á ella y la abraza diciendo. Horacio la sigue.)

LUIS. ¡Querida hermana!

ESCENA V.

DICHOS, ERMINIA, HERALDOS, CORO, pueblo, etc.
Erminia y Luis simultáneamente exclaman y corren á ebrazarse.

ERM. ¡Hermano mio!
LUIS. ¡Querida hermana!

HORACIO. ¡Erminia! (Sale.)

LUIS. Abrazad, duque, á vuestra esposa, no humilde labradora sino tan ilustre señora como vos sois caballero. Pero... esta transformacion...

OSORIO. Cuando Blaimbirg me la presentó, la enteré acerca de su nacimiento, y corrí en busca de Adriano de Gomicourt, nuestro presidente y le pedí que tu hermana fuese elegida como la mas hermosa y noble doncella de Amberes, para representar á la ciudad, entregando al vencedor las llaves de aquella.

LUIS. ¡Cuánto te debo, amigo mio!

OSORIO. Quise proporcionarte esa grata sorpresa.

ERM. ¿Y mi madre?...

LUIS. Enferma está en el lecho: no me la recuerdes.

ERM. ¡Es mi madre!... su sangre corre por mis venas, y por las tuyas circula la mia, y... ¡no puedes ser menos generoso que yo!

LUIS. ¡Noble corazon! Tu voluntad es la mia y... algo debe concederse, en compensacion de tanta felicidad tras tanta pena. ¿Y Blaimbirg? (Á Osorio.)

OSORIO. Te le presentaré despues de la ceremonia.

LUIS. Quiero premiarle mas, pues á él debo toda mi presente felicidad.

ERM. Nada me dices del buen Ploebems, mi primer salvador.

LUIS. Jamás se separará de tí. ¡Ya somos dichosos!...Recobré á mi perdida y amada hermana y la uní á un ilustre y leal

caballero, cuyo cariño acreditó mas y mas con su momentánea falta. (Segundo redoble, llamada etc.) El instante ha llegado: prepárate, amada hermana mia, para entregar las llaves de la opulenta ciudad al vencedor, al invicto príncipe, que se dignará ser padrino de vuestra feliz union, segun antes tenia acordado; y nosotros vamos á ocupar nuestros puestos. Confesad todos, amigos mios, que si por algun tiempo fuí tenido por diablo, no lo fuí en vano. Bendecid á la Providencia Divina, y admirad por cuán ocultos caminos ha sabido hacernos felices, dando el triunfo á la candorosa inocencia y destruyendo las arteras asechanzas de la maldad. (Al llegar aqui comienza la ceremonia: los tercios, al compás de música marcial, comienzan á desfilar por el puente y entran en la ciudad: el coro de nobles doncellas canta al acercarse el vencedor.)

CORO. Cruce el aire con rápido vuelo
alta fama de ilustre victoria,
y de España en Amberes la gloria,
eco fiel la traslade á Madrid.
Siempre fuertes los hijos de Iberia
sostendrán los pendones leales:
á Farnesio coronas murales
hoy se den cual primer adalid.
Estos héroes que en Flandes triunfaron,
hijos son de Pelayo, del Cid.

(Las doncellas estan agrupadas á la puerta en uno de sus lados, y Erminia colocada entre los dos heraldos, dispuesta á hacer la entrega: se figurará el desfile, ceremonia, etc., y el director dispondrá cuando lo juzgue oportuno, que corran la cortina.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que se ponga en escena tal como está escrito. Madrid 25 de enero de 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

larta y María.
ladrid en 1818.
ladrid á vista de pájaro.

egro y Blanco.
inguno se entiende, ó un hombre tímido.
obleza contra nobleza.
o es todo oro lo que reluce.

limpla.

ropósito de enmienda.
escar á rio revuelto.
or ella y por él.
ara heridas las de honor, ó el lesagravio del Cid.
or la puerta del jardin.
oderoso caballero es D. Dinero.
ecados veniales.

ue convido al Coronel!...
uien mucho abarca.
)ué suerte la mia!
)uién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
rmas de buena ley.
cual mas feo.

lavevina la Gitana.
upido y Marte.
éfiro y Flora.

. Sisenando.
oña Mariquita.
on Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

l Bachiller.
l doctrino.
l ensayo de una ópera.
l calesero y la maja.
l perro del hortelano.
n Ceuta y en Marruecos.
l leon en la ratonera.
l último mono.
nredos de carnaval.
l delirio (drama lírico.)
. Postillon de la Rioja *(Música)*
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

ı Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, to segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy...........	Martí.
Algeciras.......	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria.........	Alvarez.
Avila...........	Lopez.
Badajoz.........	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem............	Cerdá.
Bejar...........	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres.........	Valiente.
Cádiz...........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Castellon.......	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol..........	Taxonera.
Figueras........	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon...........	Crespo y Cruz.
Granada.........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva..........	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen............	Idalgo.
Jerez...........	Alvarez.
Leon............	Viuda de Miñon.
Lérida..........	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca...........	Gomez.
Lucena..........	Cabeza.
Lugo...........	Viuda de Pujol.
Mahon..........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem...........	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcía.........	Hered. de Andrion.
Orense.........	Robles.
Orihuela.......	Berruezo.
Osuna..........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma..........	Gelabert.
Pamplona......	Barrena.
Pontevedra.....	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus...........	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander......	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla.........	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza.......	Lac.